

¡Oiga el impertinente, el atrevido! ¿Quién le ha enseñado á tomarse estas libertades? Sepa desde luego que no gusto de lisonjas, ni aguanto requiebros. Sorprendiéronme estrañamente unas palabras tan ásperas pronunciadas por aquella boca tan agraciada, y tan ajenas de lo que prometia su apacible rostro. No acertaba yo á conciliar aquel modo de hablar grosero y desabrido con todo lo demas que observaba en una muger de presencia tan grata. El marido, acostumbrado ya á ello, lejos de enfadarse, se tenia por muy afortunado en que le hubiese tocado una muger de aquel estraño carácter, tanto que me dijo:—Marcos, mi muger es un prodigio de virtud; y viendo que se ponía el manto para ir á misa, me mandó que la fuese acompañando á la iglesia. Apenas salimos á la calle, cuando encontramos dos mozalvetes, que, admirados del aire y garbo de Doña Marcelina, le dijeron al paso algunas cosas muy lisonjeras; pero ella les respondió con tal despego, y les dijo tantas necedades, que los pobres quedaron corridos y suspensos, sin poder comprender cómo podia haber en el mundo una muger que llevase á mal el ser alabada y aplaudida.—Señora, le dije, haga vd. que no oye, y pase adelante sin contestar á lo que le dicen; menos malo es callar que responder con desabrimiento.—Eso no, replicó ella: quiero enseñar á esos insolentes que yo no soy muger que sufro me pierdan el respeto. En fin, profirió tantos desatinos, que no pude menos de decirle mi sentir, aunque fuese á peligro de disgustarla. Le hice presente, del mejor modo que me fué posible, que hacia injuria á la naturaleza, echando á perder con su carácter adusto mil bellas prendas de que la habia dotado: que una muger de genio afable y de modales atentos podia hacerse amar sin el auxilio de la hermosura; cuando, por el contrario, la mas hermosa si no es afable y agasajadora, se hace un objeto de desprecio. A estas razones añadí otras, dirigidas á la correccion de sus ásperos modales. Despues de haberla aconsejado á mi satisfaccion, temí me costase caro mi celo y fidelidad, escitando su cólera, y produciendo algun efecto que me fuese de poco gusto: mas no sucedió así, no se enfadó de mis insinuaciones, contentándose con no seguirlas; y el mismo efecto produjeron las que tuve la tontería de hacerle los dias siguientes.

Canséme de advertirle en vano sus defectos, y abandonéla á la aspe-
reza de su genio. Pero ¿quién lo creyera? Este natural tan agreste, esta muger tan orgullosa, de dos meses á esta parte ha mudado enteramente de condicion. Hoy es atenta con todos, y á todos trata con modales muy cariñosos. Ya no es aquella Marcelina, que no respondia sino necedades á los hombres que la elogiaban, ya oye con agrado sus lisonjas. Gusta le digan que es hermosa, y que ningun hombre la puede mirar sin cobrarle aficion. Son muy de su gusto los requiebros; y en suma, ya es



otra muy diferente muger. Esta mudanza apenas es comprensible; pero lo que mas te ha de admirar es el saber que tú mismo has obrado este gran milagro. Sí, mi querido Diego, tú has sido el autor de una trasformacion tan estraña: tú quien has convertido aquel tigre feroz en una mansísima cordera; en una palabra, tú has merecido su atencion, como lo he observado mas de una vez; y ó yo conozco mal á las mugeres, ó mi ama se abrasa por tí en un vehementísimo amor. Esta es, hijo mio, la triste noticia que tenia que darte, y esta es la desgraciada situacion en que los dos nos hallamos.

—Yo no veo, respondí al viejo, gran motivo de afligirnos en todo lo que vd. me ha dicho, ni mucho menos que sea desgracia mia el que me ame una muger hermosa.—¡Ah Diego! me replicó, bien se conoce que discurre como mozo. Solo miras el cebo, y no temes el anzuelo. Te paras solo en el placer; pero yo, como viejo y experimentado, preveo los disgustos que causa despues, porque no hay cosa que tarde ó temprano no se descubra. Si prosigues en venir á cantar á nuestra puerta, con tu vista se encenderá cada dia mas la pasion de Doña Marcelina, y olvidada tal vez de todo recato llegará á conocerlo el doctor Oloroso su marido, el cual se ha mostrado tan condescendiente hasta aquí, porque no tiene el mas leve motivo para tener celos; pero despues se pondrá furioso, se vengará de su muger, y podrá hacernos á tí y á mí un flaco servicio.—Pues bien, señor Marcos, le repliqué, cedo á vuestras razones, y me entrego á vuestros consejos. Dígame vd. qué debo hacer, y cómo me he de portar para evitar todo siniestro accidente.—Dejando los dos nuestras músicas, me respondió, y no volviendo tú á parecer delante de mi señora. Una vez que no te vea, poco á poco se le irá entibiando la pasion, y recobrará su tranquilidad. Espérame en casa del maestro, que yo te iré á buscar, y allá tocaremos y cantaremos sin inconveniente. Ofrecílo así; y con efecto hice propósito de no ir mas á la puerta del médico, y estarme encerrado en mi tienda, pues que yo era un mozo que no podia ser visto sin peligro.

Sin embargo, el buen Marcos, á pesar de su prudencia, experimentó dentro de pocos dias que el medio discurrido y aconsejado por él no sirvió para templar el fuego de Doña Marcelina, antes bien produjo un efecto enteramente contrario. Esta señora á la segunda noche que no nos oyó cantar le preguntó por qué razon habiamos suspendido nuestra música y cuál era la causa de que yo me hubiese retirado. Respondióle que tenia tantas ocupaciones, que no me dejaban un instante para divertirme. Mostróse satisfecha de esta excusa, y por tres dias sufrió mi ausencia con bastante firmeza; mas al cabo de este tiempo perdió la paciencia, y le dijo á su escudero:—Marcos, tú me engañas: Diego no ha dejado de venir

aquí sin motivo; y esto encierra algun misterio que quiero descubrir. Habla, y no me ocultes nada, que así te lo mando.—Señora, respondió él pagándole con otra mentira, ya que vd. quiere saber las cosas como son, sepa que al pobre Diego le ha sucedido muchas veces volverse á su casa despues de nuestras músicas, y encontrarse sin cena, y ya no se atreve á esponerse á ir á la cama sin cenar.—¡Cómo sin cenar! exclamó ella lastimada. ¡Por qué no me lo has dicho antes? ¡Pobre mozo! Anda al instante, y traémelo contigo, asegurándole que nunca volverá á su casa sin cenar, porque yo daré órden que se le guarde aquí siempre algun plato.

—¡Qué es lo que oigo! exclamó el escudero, admirado de oirla hablar de aquella suerte; ¡qué mudanza, cielos! ¡Sois vos, señora, la que me hablais en esos términos? ¡Pues de cuándo acá os habeis hecho tan compasiva y sensible?—Desde que tú veniste á esta casa, me respondió prontamente; ó por mejor decir, desde que reprendiste mis modales desdeñosos, y te empeñaste en suavizar la aspereza de mis costumbres. Mas ¡ay de mí! prosiguió ella enternecida, que he pasado de un extremo á otro. De altiva é insensible que era, me he vuelto sobrado mansa y cariñosa. Amo á tu amigo Diego sin poderlo remediar, y su ausencia muy lejos de templar mi amor le inflama mas y mas.—¡Es posible, señora, replicó el viejo, que un mozo que nada tiene de hermoso ni gallardo haya escitado en vos una pasion tan vehemente? Yo disculparia vuestra inclinacion si os la hubiera inspirado algun caballero de gran mérito....

—¡Ah Marcos! interrumpió Marcelina, ó yo no me parezco en nada á las otras mugeres, ó tú, no obstante tu larga esperiencia, todavía no las conoces bien, si te persuades que el mérito es quien las mueve para elegir á un sugeto. Si he de juzgarlo por mí misma, nunca reflexionan para enamorarse. El amor es un desórden de la razon, que á pesar nuestro nos arrastra tras de un objeto, y nos sujeta á él. Es una enfermedad que nace en nosotras, y nos atormenta como la rabia á los animales. No te canses, pues, en persuadirme de que Diego no es digno de mi cariño; basta que le ame para figurarme en él mil prendas que no descubres tú, y que quizá tampoco él tendrá. En vano te empeñas en hacerme creer que ni sus facciones ni su figura tienen cosa que pueda llevarme la atencion; á mí me parece hechicero y mas hermoso que el sol; fuera de que tiene en su voz una suavidad que me encanta, y se me figura que toca la guitarra con una gracia y primor particular.—Pero, señora, replicó Marcos, ¡habeis pensado bien lo que es el tal Diego? Su baja y humilde condicion...—Yo no soy mejor que él, me interrumpió; pero aun cuando fuera una muger de distincion, nunca repararia en eso.

El resultado de esta conferencia fué que, desesperanzado el viejo escudero de adelantar cosa alguna con su ama en este punto, la dejó en su

capricho, y se retiró como un diestro piloto cede á la tormenta que le desvia del puerto á donde se ha propuesto desembarcar. Aun hizo mas: por dar gusto á su ama me vino á buscar, me llamó aparte, y despues de haberme contado todo lo sucedido entre ella y él:—Bien ves, Diego, me dijo, que no podemos escusarnos de continuar nuestras músicas á la puerta de Marcelina. Es indispensable, amigo mio, que esta señora te vuelva á ver, porque de otra manera nos esponemos á que haga alguna locura que perjudique mas que nada á su reputacion. No me hice de rogar y respondíle que iria á su casa con mi guitarra así que anochebiese, y que podia llevar á su ama esta agradable noticia. Hizolo así, y dió á la apasionada amante la mas alegre y gustosa nueva que podia desear, con la esperanza de verme y oirme aquella noche.

Pero faltó poco para que un lance pesado le hubiese frustrado esta esperanza. No pude salir de casa hasta despues de muy anochecido, y por mis pecados era la noche muy oscura. Caminaba á tientas por la calle, y quizá llevaba andado ya la mitad del camino, cuando de una ventana me regalaron de piés á cabeza con cierto *jagua va!* que lisonjeaba poco el sentido del olfato. Viéndome en tal estado no sabia qué partido tomar. Volverme á casa era esponerme á las pesadas zumbas de los otros mancebos compañeros míos: ir á la de Marcelina en aquel magnífico equipage no me lo permitia la vergüenza. Resolvíme no obstante á ir á casa del médico, persuadido de que encontraria á Marcos á la puerta, y que todo se remediaría antes de presentarme en aquel estado á Marcelina. Con efecto fué así: encontréle esperándome á la puerta, y luego que me vió me dijo que el doctor Oloroso acababa de recogerse, y que aquella noche nos podiamos divertir á nuestro sabor. Respondíle que ante todas cosas era menester limpiarme el vestido, y le conté lo que me habia pasado. Mostróse muy condolido de ello, y me hizo entrar en donde me estaba esperando su ama. Apenas oyó esta señora mi sucia aventura, y me vió en el triste estado en que me hallaba, prorumpió en expresiones del mayor dolor, como si me hubieran sucedido las mas funestas desgracias; y despues como si hablase con la puerca que me habia puesto de aquella manera, se desfogó echándole mil maldiciones.—Señora, le dijo Marcos, moderad esos impulsos, considerad que el lance fué puro efecto de casualidad, y no conviene mostrar tan fuerte enojo.—¡Cómo quieres, respondió ella, que no sienta vivamente la ofensa que se ha hecho á este inocente cordero, á esta paloma sin hiel, que ni aun se queja del ultraje que ha recibido? ¡Ojalá fuera yo hombre en esta ocasion para vengarle!

Otras mil cosas dijo, pruebas todas de su ciego amor, que igualmente acreditó con las acciones, porque mientras Marcos me estaba limpiando

con una toalla, Marcelina fué corriendo á su cuarto, trajo una cajita llena de todo género de perfumes, quemó cantidad de ellos, sahumó todos mis vestidos, y los roció con espíritus olorosos en abundancia. Concluido el sahumero y aspersorio, la caritativa señora fué en persona á la cocina, y me trajo pan, vino, y algunos pedazos de carnero asado que tenia guardados para mí. Obligóme á comer, y teniendo gusto en servirme ella misma, ya me hacia plato, y ya me echaba de beber, á pesar de cuanto Marcos y yo podíamos hacer y decir para que no se humillase á semejantes demostraciones. Acabada la cena templamos prontamente los instrumentos, y arreglamos las voces para dar principio á nuestro concierto. Marcelina quedó embelesada de oírnos; bien es verdad que escogimos de propósito ciertos cantares y letrillas amorosas que halagaban su amor; y debo confesar que, mientras cantábamos, yo lanzaba de cuando en cuando hácia ella unas ojeadas tiernas que pegaban fuego á las estopas, porque el juego me iba ya gustando. No me cansaba el concierto, aunque ya habia mucho que duraba. Por lo que toca á la señora, las horas le parecían instantes, y de buena gana hubiera estado oyéndonos toda la noche, si su escudero, á quien los instantes se le hacian horas, no le hubiera avisado que era ya tarde. Dióle el trabajo de decírselo mas de diez veces; pero daba con un hombre infatigable en este punto, que no la dejó sosegar hasta que yo me ausenté. Como era cuerdo y prudente, y veia á su ama tan locamente apasionada, temia nos sucediese algun desastre. El tiempo verificó lo fundado de su temor, porque el médico, ya fuese porque comenzó á entrar en sospecha, y á dudar de algun enredo secreto, ó ya porque el diablillo de los celos, que hasta entonces le habia respetado, quiso inquietarle, comenzó á reprender nuestras músicas, y aun hizo mas, prohibiéndonoslas en tono de amo que queria ser obedecido; y sin dar razon alguna de lo que mandaba, declaró no aguantaria mas se admitiese en su casa á ninguno de fuera. Notifícame Marcos esta resolucion, que hablaba tan particularmente conmigo, y no puedo negar que por entonces me desazonó muchísimo, porque sentia perder las esperanzas que habia concebido. Con todo eso, por no faltar á la obligacion de fiel historiador, debo confesar que á corta reflexion me costó poco el conformarme, y llevar en paciencia aquel reves de la fortuna. No así Marcelina, cuya aficion cobró mayor fuerza.—Querido Marcos, dijo al escudero, de tí solo espero algun consuelo; ruégote que hagas todo lo posible para que tenga el gusto de ver secretamente á Diego.—¿Qué es lo que vd. me pide, señora? le respondió colérico; demasiada contemplacion he tenido con vd. No, no quiera Dios que por fomentar una loca pasion contribuya yo á deshorrar á mi amo, á la pérdida de vuestra reputacion, y á mancharme á mí mismo con el borron de



tal infamia, despues de haber pasado toda la vida por hombre muy de bien, por criado fiel y de una conducta irreprehensible. Antes dejaré la casa que servir en ella de un modo tan vergonzoso.—¡Ah Marcos! replicó la señora, asustada de estas últimas palabras, me atraviesas de parte á parte el corazon cuando hablas de marcharte. ¡Pues qué! ¡piensas, cruel, dejarme despues que me has reducido al lastimoso estado en que me veo! Restitúyeme primero aquel orgullo y aquella tranquila altivez que tú mismo me quitaste. ¡Oh, y quien tuviera ahora aquellos felicísimos defectos! gozaria de gran paz mi corazon en lugar del tumulto que le agita, gracias á tus imprudentes reconvenciones. Tú, tú fuiste quien estragaste mis costumbres cuando quisiste enmendarlas..... Pero ¡qué es lo que digo! continuó ella llorando, ¡desdichada de mí! ¡á qué fin darte en cara con tan injustas quejas! no, amado padre, no fuiste tú el autor de mi infortunio; mi mala suerte fué la única que me preparó mi desgracia. No hagas caso, te pido, de las necias palabras que profiero. Mi pasion me ha trastornado el juicio; compadécete de mi flaqueza. Tú eres mi único consuelo; y si aprecias mi vida, no me niegues tu asistencia.

Al decir estas palabras creció su llanto de manera que no pudo continuar. Sacó el pañuelo, cubrióse con él el rostro, y se dejó caer en una silla, como una persona que se rinde al peso de su afliccion. El buen Marcos, que era de la mejor pasta de escuderos que jamas se ha visto, no pudo resistir á un espectáculo tan lastimoso, que le conmovió vivamente, y mezcló sus compasivas lágrimas con las de su afligida ama, diciéndole lleno de ternura:—¡Ah, señora, y qué atractivo es el vuestro! no tengo fuerzas para combatir vuestra pena que acaba de rendir mi virtud, y prometo auxiliáros. Ya no me admiro de que el amor haya tenido poder para haceros olvidar de vuestro deber, cuando la compasion sola lo ha tenido para no acordarme yo del mio. De manera que el pobre escudero, á pesar de su irreprehensible conducta, se sacrificó muy servicialmente á la pasion de Marcelina. A la mañana siguiente vino á contarme todo lo sucedido, y me dijo tenia ya pensado el modo de proporcionarme una conversacion secreta con su ama. Con esto animó mi esperanza; pero dos horas despues llegó á mis oidos una noticia tan triste como no esperada. El mancebo de una botica que habia en el barrio, y era uno de nuestros parroquianos, vino á hacerse la barba. Mientras me disponia á rasurarle, me dijo:—Señor Diego, ¿cómo le va á vd. con su amigo el viejo escudero Marcos de Obregon? Ya sabrá vd. que está para marcharse de casa del doctor Oloroso.—No por cierto, le respondí.—Pues súpalo vd., me replicó, y no dude que la cosa es cierta. Hoy sin falta le despedirán. Su amo y el mio acaban de tener ahora una conversacion, á que me hallé presente, en la cual dijo el primero al segundo:—Señor botica-